

Elie Wiesel (Premio Nobel de la Paz 1986) escribía: *“Hace falta muy poco para que el arraigado se vea arrancado de sus raíces y para que el feliz y sosegado pierda su lugar al sol”*.¹ En el mismo sentido, el sociólogo Zygmunt Bauman recalca:

Los residentes establecidos despiertan para encontrar que sus lugares (lugares en la tierra, en la sociedad y en la vida) a los cuales pertenecían, ya no existen: las calles limpias se degradan, las fábricas desaparecen junto con los empleos, las habilidades ya no tienen comprador, el conocimiento se vuelve ignorancia, la experiencia profesional se encuentra en riesgo y las redes de relaciones seguras se desmoronan?²

En este sentido, podríamos preguntarnos: ¿Quién de nosotros tiene el suelo seguro bajo los pies? ¿Alguien puede decir que “pertenece” a algún lugar?

Derruidos los puentes que ligaban la vida personal con proyectos sociales más amplios, convertidas la individualización y subjetivación en la forma sustantiva de experiencia moderna en una era en que es el individuo quien debe resolver y asegurar su integración social, dislocados los parámetros de tiempo y espacio, modificados los escenarios laborales, reformulados los patrones de asentamiento y de convivencia urbanos, y resquebrajada la confianza en el porvenir, una nueva “cartografía” social, política, económica y cultural, llena de contradicciones y turbulencias, marca a las últimas décadas. Fenómenos como la globalización, la flexibilización de los hilos homogeneizadores de la sociedad, la revolución tecnológica que permite –a través de la virtualidad– la presencia de una realidad

¹ Wiesel, Elie, “¿Quién le teme al lobo feroz?”, en “Los emigrantes”, *Suplemento Mundial de La Jornada*, 23 de junio de 1991. p. 19.

² Zygmunt Bauman, “From Pilgrim to Tourist - or a Short history of Identity”, en Hall Stuart and Paul Du Gay Paul (ed.), *Questions of cultural Identity*, Sage Publications, London, 1996.

paralela, el vértigo del presente (“vivir aquí y ahora”), la porosidad de las fronteras, y la desterritorialización física y cultural, entre otros factores, han convertido a la incertidumbre, fragilidad, inseguridad, fluidez, volatilidad y precariedad, en los signos de nuestra época, disolviendo el *continuum* homogéneo de identidades fijas e historias heredadas, desgarrando a cualquiera de nosotros, en cualquier momento, de su geografía, su lengua, su cielo y las fuentes de su tradición, obligándonos a experimentar la grieta, insalvable, entre nosotros y toda noción de “hogar”, y convirtiendo al desarraigo en condición humana universal. Sea el desarraigo de los millones de personajes anónimos de nuestro tiempo que, obligados por la pobreza o la expulsión, buscan una nueva tierra que los pueda, y los quiera acoger. Sea el desarraigo de quienes, diversificados los destinos de la inmigración, incrementada la posibilidad de desplazarse, trabajar y vivir en lugares distintos al hogar natal, y potenciada la posibilidad de establecer vínculos transnacionales – económicos, familiares, culturales, políticos, etc.– se desplazan no sólo por razones económicas y/o políticas sino también por voluntad, deseo o imaginación. Sea el desarraigo de los nómades de nuestro tiempo que pueden detenerse -libres de ataduras- en casi cualquier lugar, en un viaje errante a través de una espacialidad que disuelve lazos sociales, órdenes simbólicos y pertenencias fijas (residir en un solo lugar, tener un solo empleo en toda la vida, etc.).³ Sea el desarraigo de lo que el escritor y periodista Pico Yyer ha denominado “almas globales”,⁴ como es el caso de quienes viven en un mundo sin fronteras que les permite vivir simultáneamente en varias culturas, incluso separadas por siglos, instalando su hogar en todas y cada una de ellas aun sabiendo que la “no pertenencia” es condición original y permanente para ello.

No es casual, entonces, que una realidad como la que hoy vivimos –móvil, impredecible, elusiva, aleatoria, atomizada, diversa, descentrada y flexible– remita a la necesidad de mirar hacia el pasado y de buscar anclajes y raíces a fin de responder no sólo a la interrogante de ¿Quién soy? sino también ¿A dónde pertenezco?

³ En palabras de Gloria Anzaldúa: “Soy una *tortuga*; donde quiera que voy, llevo mi hogar”. Anzaldúa, Gloria, *Borderland. The New Mestiza*, Aunt Lute Books, San Francisco, 1990, p. 21.

⁴ Yyer, Pico, *The Global Soul: Jet Lag, Shopping Malls, and the Search for Home*, Vintage Books, USA, 2000.

Tener raíces –escribió Simone Weil– no sólo es quizás la más importante y menos reconocida de las necesidades del alma humana, es también una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene raíces en virtud de su real, activa y natural participación en la vida de una comunidad que preserva vivos ciertos tesoros particulares del pasado y ciertas expectativas particulares del futuro.⁵

No es casual tampoco la fascinación por reflexionar sobre orígenes, tradiciones y trayectorias tanto personales como genealógicas, en el marco de lo que Andreas Huyssen ha llamado “*una obsesión memorialista*”⁶ manifestada, por ejemplo, en la restauración de antiguos centros urbanos, el culto al patrimonio, la re-invenición de tradiciones, la transformación de ciudades enteras en museos, el regreso a modas pasadas, la proliferación de exposiciones históricas y fotográficas así como de documentales televisivos, el resurgimiento de la novela histórica, la multiplicación de archivos, fechas conmemorativas y placas recordatorias, la recuperación de memorias y museos regionales, etc.

Tampoco es casual, entonces, la proliferación de narrativas vivenciales (o narrativas del yo), tales como memorias, biografías, autobiografías, testimonios personales, recuerdos, relatos de vida, confesiones y diarios íntimos, etc., –a las que se agregan, como lo ha demostrado Leonor Arfuch, las entrevistas mediáticas, los *reality shows*, *talk shows*, etc., en un confluencia híbrida de diversos registros, géneros y formas–⁷ en las cuales la centralidad del yo, la revelación del sí mismo y la insistencia en la exposición de la vivencia propia se juegan en el espacio público. Se trata, ciertamente, de la expresión desnuda y desinhibida de la subjetividad, sea como exhibición narcisista o voyeurismo de exposición en el espacio de lo mediático, o como imperativo de reafirmación o enraizamiento de la propia identidad.

La creciente presencia de las narrativas vivenciales ha encontrado un campo propicio de desarrollo en la literatura, ámbito en el cual es cada vez más frecuente la aproximación de narrador y

⁵ Weil, Simone, *Echar raíces*, Editorial Trotta, Madrid, 1996, p. 51.

⁶ Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México, 2002.

⁷ Arfuch, Leonor, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, FCE, Buenos Aires, 2002.

protagonista con el autor fáctico, quien tiende a narrar la propia vida sin esbozar límites claros con la ficción y a crear personajes novelescos cuyo registro es muy cercano a lo autobiográfico.⁸ De igual modo, ha abarcado también el campo de las artes visuales, y el género documental expresándose, por ejemplo, en el encuentro entre documentalista y documentado sin pretensiones de objetividad. Asimismo, se ha expandido hacia el ciberespacio –en un clima de época en el que Internet revoluciona las prácticas culturales– convirtiendo a los *blogs* en un espacio personal de escritura que alienta el intercambio permanente con un “otro” interlocutor. Y, por supuesto, el interés por el uso de la primera persona –el “giro subjetivo”, en palabras de Beatriz Sarlo–⁹ ha permeado profundamente el ámbito de la investigación académica en las Ciencias Sociales. La recuperación de narrativas vivenciales, documentos personales y aproximaciones biográficas como estrategia de conocimiento para aproximarse a rostros, nombres, voces, vivencias, cuerpos, memorias e historias singulares y concretas –más allá de nociones como nación, clase o etnia– ha renovado profundamente las prácticas de investigación en estas disciplinas a lo largo de las últimas décadas, en el marco del fuerte reordenamiento conceptual y metodológico que ellas han experimentado. Las críticas a la lógica discursiva formalizada, la debilidad mostrada por la orientación positivista para alcanzar un conocimiento profundo de la sociedad al reducir la complejidad del comportamiento humano y sus motivaciones a variables abstractas, el creciente escepticismo frente al pretendido “conocimiento objetivo”, la crítica a los procedimientos metodológicos centrados casi fundamentalmente en el recurso de la cuantificación, así como la insatisfacción con herencias teóricas que privilegiaban la idea de “estructuras” –y, ligado a esto último, la conciencia de la brecha entre el estudio de dichas “estructuras” y la vida concreta de los individuos (sus sentimientos, intimidad, subjetividad y sus vivencias, por ejemplo)– aunado a la crisis de los grandes relatos legitimantes fueron factores que impulsaron a una vertiente importante de las

⁸ Véase, por ejemplo, Robin, Regine, *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996. Manrique Sabogal, Winston, “El yo asalta a la literatura”, *El País*, Babelia 13 de septiembre 2008.

⁹ Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2005.

Ciencias Sociales a ampliar su horizonte de observación e interpretación, para acercarse a los seres humanos de carne y hueso. Ello, no sólo a través de la emergencia de un fuerte interés teórico en el tema de las subjetividades sino también a través de la recuperación cualitativa de aproximaciones biográficas (historias y relatos de vida, autobiografías, historia oral, testimonios, diarios, cartas, etc.), focalizadas a ofrecer, de manera creciente, la palabra al actor social en sí mismo. Ciertamente, el enfoque biográfico a través de la utilización de entrevistas cualitativas, historias y relatos de vida, documentos personales, etc., constituyó una estrategia de conocimiento de larga data para las ciencias sociales. En la Antropología, su uso ha sido parte sustantiva de su tradición epistemológica desde sus inicios como disciplina. En la Sociología, el enfoque biográfico y la utilización de documentos personales como fuentes primarias de investigación científica tampoco es nueva, a partir del trabajo clásico de William I. Thomas y Florian Znaniecky, *El campesino en Europa y en América*,¹⁰ publicado originalmente en Chicago entre 1918 y 1920, y que estudiaba la inmigración de los campesinos polacos a Estados Unidos a través de documentos producidos por los mismos sujetos, en especial las cartas que los inmigrantes escribían a sus familias de origen. A este trabajo seminal se agregaron otros, referidos por ejemplo, a la problemática de la juventud negra en Estados Unidos –tanto en áreas rurales como urbanas– realizados a través de historias de vida, o a las carreras delincuenciales de jóvenes en áreas urbanas a partir del estudio de documentos personales. Aunque desde la década de los cuarenta del siglo pasado el impacto del positivismo, el auge de las metodologías cuantitativas y la fuerte expansión del marxismo y las ciencias estructuralistas opacaron durante largo tiempo la relevancia y validez de enfoques cualitativos como los ya mencionados, fue hasta la década de los ochenta que éstos experimentaron un fuerte repunte y revaloración, en el marco de la re-emergencia de nuevas corrientes de pensamiento que ponían el acento en los enfoques interpretativos, así como de las nuevas prácticas de exploración de lo social orientadas hacia la comprensión del sentido de las situaciones y acontecimientos vivenciados por los individuos. En esta línea, al privilegiar la subjetividad por sobre las determinaciones

¹⁰ Thomas, William I. y Florian Znaniecky, *El campesino en Europa y en América*, ed. Centro Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2004.

estructurales, al enfatizar las situaciones vividas y ya no las normas colectivas, al orientarse hacia las vivencias singulares de lo social buscando aprehender aquello que escapa a las regularidades objetivas, las Ciencias Sociales re-significaron el punto de vista de los actores a partir de las narrativas vivenciales, –tanto las provenientes de fuentes orales (historias y relatos de vida, testimonios, narraciones vivenciales orales, etc.) como las provenientes de fuentes documentales (memorias, cartas, biografías y autobiografías, documentos personales, etc.)– para consolidar una práctica de investigación científica que trabajara con el principio motor de los sujetos: su experiencia. Ello permitía captar la realidad desde la perspectiva subjetiva de los protagonistas de los procesos sociales estudiados, recuperar su palabra viva a través de sus micro-relatos, desplazar la perspectiva omnisciente a favor de una pluralidad de voces, y visibilizar las historias personales de hombres y mujeres anónimos así como de los pequeños grupos y entramados donde éstos tejen sus vidas y sus trayectos de vida. Las narrativas vivenciales como estrategia de conocimiento han sido ampliadas, utilizadas en estudios sobre trayectorias de vida, migraciones (internas y transnacionales), modalidades de construcción de la identidad personal y colectiva en contextos de cambio social, incorporación y participación en movimientos sociales, el impacto de las transformaciones en el mundo del trabajo sobre la subjetividad, las memorias de la violencia y la represión, las experiencias de la militancia política, entre otras.

Pero fueron particularmente los aportes de la lingüística, los estudios literarios, el psicoanálisis y la filosofía los que le dieron un nuevo giro a la revaloración de los relatos en primera persona en los que se reconstruye la experiencia de quien narra su vida, rescatando las huellas de su experiencia a través del registro personalizado de su palabra y de su memoria personal -más allá de representaciones estadísticas o construcciones conceptuales asumidas como verdades generales. Los nuevos horizontes teóricos que planteaban a la identidad no sólo como un proceso siempre en construcción -donde está en juego no sólo la multiplicidad de posibilidades identitarias (étnicas, culturales, políticas, religiosas, de género) sino también la afirmación de la no coincidencia del sujeto consigo mismo –sujeto que debe ser pensado en su Otredad– así como la inscripción de la identidad, subjetividad y memoria como texto narrativo, abrieron nuevas vías de reflexión. En esta línea, las nuevas perspectivas de trabajo se abrieron paulatinamente a análisis interpretativos para los cuales las narrativas vivenciales, al estar

sustentadas en la memoria –que no es un calco fiel ni un espejo inmediato de las experiencias vividas sino un proceso activo de creación de significados– no pueden recrear la totalidad de una vida ni reconstruir los episodios tal como se vivieron, sino generar un nuevo discurso –ficcional– cuyo sentido se configura de acuerdo a momento y circunstancias en que se produce.¹¹ En este sentido, las formulaciones teóricas acerca de las narrativas vivenciales –no sólo como una descripción de sucesos, sino como una selección y evaluación de la realidad procesada, interpretada y filtrada por el punto de vista del actor, sus creencias y valores, cuyos significados están, ciertamente, contruidos de manera social– alcanzaron carta de ciudadanía en las Ciencias Sociales.

Ello plantea una serie de interrogantes: ¿Cómo aproximarse a las distintas modalidades en que se puede expresar la construcción discursiva de la vida? ¿Qué estrategias de auto-representación se pueden construir en las “narrativas del yo”? ¿Cómo se puede manifestar la auto-referencialidad después de situaciones traumáticas, por ejemplo, o en un nuevo espacio público que confunde sus límites con el espacio de lo privado? ¿Cómo historizar el recorrido de las narrativas vivenciales, dado que el paso del tiempo y la experiencia social de quien relata pueden intervenir en la construcción de su recuerdo? ¿Cómo se articulan las narrativas vivenciales con procesos sociales más amplios? ¿Cómo desentrañar qué aspectos o dimensiones específicas de una narrativa vivencial trascienden la significación individual para aproximarse a la comprensión de dinámicas, subjetividades y significaciones colectivas? ¿Cómo trabajar con la palabra del Otro? ¿Cómo reinterpretar la que es, en última instancia, la interpretación del Otro sobre su propia vida? ¿Cómo asumir la intervención de la propia subjetividad en la investigación? ¿Cómo reconocer esa zona lábil y difusa que separa la experiencia vivida de lo que se puede narrar sobre ella? Citando a Beatriz Sarlo: “¿Qué relato de la experiencia

¹¹ Mario Vargas Llosa escribe: “Las historias son rara vez fieles a aquello de aparentar historias...la memoria es tramposa, selectiva, parcial. Sus vacíos, por lo general deliberados, los rellena la imaginación: no hay historias sin elementos añadidos. En este sentido, cabe decir que la historia de una vida nunca se recopila, siempre se inventa. La inventa el que la cuenta y la reinventa el que la escucha; ambos interpretan”. Citado por Piña, Carlos, *Sobre las historias de vida y su campo de validez en las ciencias sociales*, Documento de trabajo, núm. 319, Programa FLACSO, Santiago de Chile, octubre 1986, pp. 36-37.

*está en condiciones de evadir la contradicción entre la fijeza de la puesta en discurso y la movilidad de lo vivido?”*¹² ¿Cómo hacer frente, haciéndonos eco de Pierre Bordieu, Jean Claude Chamboredon y Jean Claude Passeron, al hecho de que “Quizá la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de un objeto que habla?”.¹³

Este número de *Acta Sociológica* pretende aproximarse a algunas de estas interrogantes desde una diversidad caleidoscópica de miradas y enfoques. Así, por ejemplo Leonor Arfuch, después de analizar “el retorno del sujeto” en el marco del horizonte cultural contemporáneo, analiza desde una perspectiva de género –dentro de la vasta proliferación de narrativas autobiográficas y testimoniales producidas en Argentina en relación con la experiencia de la última dictadura en Argentina (1976-1983)– tres textos referidos a mujeres que fueron detenidas y permanecieron un tiempo en campos de concentración. Se trata de tres géneros discursivos distintos, aunque aludan a experiencia y personajes reales. El primero, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina* (1998), de Pilar Calveiro, está narrado en tercera persona (bajo la forma de una tesis de doctorado) aunque su contenido sea casi totalmente auto-referencial. El segundo, *Ese infierno*, registra las conversaciones de cinco mujeres que, 20 años después de liberadas, rememoran en conjunto la experiencia de haber estado detenidas en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). En el tercero, la polémica novela *El fin de la historia* (1996), de Liliana Heker, el registro biográfico y autobiográfico se confunden en una compleja ambigüedad. El objetivo del artículo “*es mostrar, desde una perspectiva semiótico-cultural, las diferencias éticas, estéticas y políticas que resultan de cada construcción peculiar de la voz enunciativa, en relación con cada uno de los géneros discursivos involucrados*”.

Eugenia Meyer, a su vez, a partir de una revisión de la noción de memoria (individual y colectiva), así como de la relación entre los binomios de Memoria-Olvido e Identidad-Alteridad se centra en la particular y compleja relación que el historiador y el informante establecen en el proceso de investigación realizado a través de historia oral. Por una parte, “*en el caso del rescate de las historias de vida, el historiador en realidad se enfrenta de*

¹² Sarlo, Beatriz, *op. cit.*, p. 27.

¹³ Bourdieu, Pierre, *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI, México, p. 63.

manera total a la otredad, porque a fin de cuentas se trata de atender y escuchar lo que los otros estén dispuestos a contar". Por la otra, "recordar se traduce en una empresa de complicidad entre el sujeto de entrevista y el historiador-entrevista. Porque no debemos olvidar que el temor a lo desconocido está presente en ambos". A fin de destacar la importancia que adquiere la memoria en la historia oral como fuente crucial de conocimiento para la historiografía contemporánea, así como los desafíos que implica trabajar con historias de vida, el texto se focaliza en el proyecto realizado por la propia Eugenia Meyer durante la década de los setenta con ocho mujeres cubanas a fin de registrar sus experiencias subjetivas antes y después de la Revolución de 1959, y que fuera publicado bajo el título de *El futuro es nuestro. Ocho cubanas narran sus historias de vida* (2007).

El artículo de Jorge Ruffinelli demuestra cómo la auto-referencialidad también ha permeado el género documental, en particular desde mediados de los años noventa. A través de la revisión de siete documentales latinoamericanos recientes, considerados entre los más importantes producidos en América Latina en el último cuarto de siglo –y que pertenecen a lo que se ha denominado “documental subjetivo o en primera persona”, es decir, aquellos documentales que registran la realidad desde un yo– el autor analiza cómo éstos, a través de un de matiz intimista, narran de nueva cuenta el pasado histórico a partir del involucramiento personal de los directores –que se asumen como sujeto y parte de la acción– y de la subjetividad de su mirada en la historia narrada, creando un nueva modalidad de relato fílmico sin límites claros entre ficción y realidad. El artículo, por una parte, pone énfasis en las relaciones entre el Sujeto y el Objeto, que por momentos se identifican en una sola entidad, y a la vez, “entre ellos y el receptor, el nuevo público. Ya no se trata de comprender realidades ajenas y lejanas, como las presentadas por los documentales etnográficos, sino de reconocer al yo receptor-narrador en problemáticas que lo incluyen”.

Por su parte, Ana Claudia Viegas explora uno de los más novedosos formatos en los que se expresa y manifiesta la narrativa vivencial en el espacio público del espacio cibernético: el *blog*, el cual tiene algo de diario íntimo y de crónica de viajes y en el cual se pueden plasmar fragmentos autobiográficos, ideas y apuntes, ficción, etc., generando un flujo inmediato entre la vida y obra de un autor, así como un intercambio fluido entre quien escribe y sus lectores convirtiendo, de esta manera, a la experiencia individual en una

experiencia colectiva. A la pregunta implícita ¿para qué le sirve el *blog* a un escritor y cómo se modifican sus prácticas de escritura? el artículo se centra en algunas narrativas vivenciales de escritores brasileños que tienen lugar en el tiempo real del Internet a través de los *blogs*, destacando que tales narrativas corresponderían al concepto de autoficción, en la que la creación de personajes novelescos opera en un registro muy cercano a lo autobiográfico, para crear una identidad en permanente construcción. En palabras de Viegas, “*la dimensión narrativa aparece, en esa óptica, como constituyente de la identidad, producto de una necesidad de subjetivación e identificación, una búsqueda de ese otro que permita articular, aunque transitoriamente, una imagen de auto-reconocimiento*”.

Desde otra perspectiva, el texto de Gilda Waldman analiza dos autobiografías femeninas a luz de las nuevas lecturas de un género que ha experimentado un notable auge durante las últimas décadas. Ellas son *La casa de los conejos* (Laura Alcoba) y *Sueño con menguante. Biografía de una “machi”* (Sonia Montecinos). El artículo pretende responder a las siguientes interrogantes: ¿Quién narra: el que vivió los acontecimientos pasados o el que hoy recuerda? ¿Desde dónde se habla? ¿Cuáles son las condiciones en las cuales el texto es generado, y que se expresan en su formato y contenido final? ¿Cuáles son los momentos biográficos centrales a partir de los cuales se reconstruye la relación imaginaria con el pasado? ¿Cómo se construye la identidad narrativa, diseminada en una diversidad de desdoblamientos entre el autor, el narrador y el personaje que ahí aparece? ¿Cómo juega el silencio en la construcción de esta identidad? ¿Qué significado se le otorga a *posteriori* a las vivencias recreadas, mismas que no tienen sino el significado que quien escribe les atribuye? ¿Cómo está permeado el relato autobiográfico por la subjetividad –la del presente– y, fundamentalmente por la relación imaginaria del escritor con su pasado?

En la misma línea del género autobiográfico, y retomando la observación de Silvia Molloy de que “*uno de los silencios más expresivos de las autobiografías hispanoamericanas en el siglo XIX se refiere a la infancia*”, Lorena Amaro, Ghislaine Arecheta, Esteban Castro y María José Delpiano analizan, desde una dimensión cultural, como se incorporan los relatos de infancia en los textos de carácter autobiográfico en Chile publicados en la primera mitad del siglo XX, proponiendo “*una interpretación sobre la tardía expresión de la infancia como tiempo y espacio de la memoria y la subjetividad*”.

En esta línea, los autores destacan, en un primer momento, tanto el origen aristócrata de los más importantes autobiógrafos y memorialistas así como *el predominio de discursos de carácter iluminista y positivista* en la literatura chilena, poco proclive a desarrollar imaginarios subjetivos. De igual modo, en un segundo momento, el texto analiza:

la lenta fisura de esos discursos y a la incorporación de nuevos actores al campo literario nacional, provenientes de sectores medios o discriminados en razón de su género sexual, quienes tendrían menos reparos en retratar ese momento de sus vidas de modo más íntimo y comprensivo, muchas veces buscando reivindicar historias de superación y mérito personales.

El artículo de Marcela Aranda, focalizado en la obra testimonial del historiador español nacionalizado chileno Leopoldo Castedo, constituye un adecuado ejemplo sobre cómo leer una historia social a través de una historia de vida, destacando que las construcciones de la subjetividad, no por referirse al ámbito íntimo y personal, se dan fuera de un espacio de diálogo y conflicto con los discursos sociales que la determinan y posibilitan. Ello plantea, en este sentido, problemas de diversa índole: ¿De qué modo biografía y autobiografía, en tanto narrativas vivenciales, se inscriben en la tensión entre historia y memoria? ¿De qué manera estas construcciones de la subjetividad no son ajenas a los contextos histórico-sociales en los que se construyen y expresan? y cómo –adscritas siempre a su tiempo– su ubicación social y cultural les otorga a cada una de ellas un carácter social, aunque diferente y singular.

Este número de *Acta Sociológica* incluye también dos reseñas referidas a su temática central y una tercera de un libro recién publicado. La primera, elaborada por Ofelia Desatnik, comenta el libro *La historia de vida. El encuentro con nuestra subjetividad*, compilado por Anita Barabtarlo. La segunda, se refiere a *Em primeira pessoa. Abordagens de uma teoria da autobiografia*, coordinado por Helmut Galle, Ana Cecilia Olmos, Adriana Kanzepolsky y Laura Zuntini. Y por último, Rebeca de Gortari nos presenta el libro que junto con Ma. Josefa Santos coordinaron, *Computadoras e internet en la biblioteca pública mexicana*.

Ciertamente, este recuento panorámico no cubre quizá toda la variedad de debates, perspectivas teórico-epistemológicas, enfoques críticos, problemas recientes y líneas de investigación referidas al

tema de las narrativas vivenciales, la subjetividad y la memoria. Tampoco pretende ofrecer una propuesta única, sino más bien acercamientos parciales, e incluso provisionales. Si el presente número de *Acta Sociológica* logra convocar a nuevas voces a dialogar, abrir nuevas polémicas, y posibilitar renovados desafíos intelectuales, habrá logrado su objetivo.

Gilda Waldman M.